

taña la salida del Sol. En caso afirmativo habrían notado que cuando a ellos les herían ya los rayos solares, el valle lejano continuaba todavía envuelto en las tinieblas; y entre la viva iluminación de los picos y las sombras espesas de la hondonada pudieron observar una gama completa de tonalidades de luz, sin que fuera posible señalar la raya divisoria entre el sector alumbrado y el correspondiente a la oscuridad.

Esa difusión luminosa que provoca las medias tintas es debida a la capa atmosférica donde se halla arropada la Tierra, de suerte que si hay quien desde cualquiera de los astros vecinos pueda contemplar nuestro planeta, no podrá en modo alguno divisar la línea precisa donde comienzan las sombras y termina la luz. En la Luna sucede todo lo contrario. Si la examinamos en uno de sus cuartos, nos será dado percibir en el borde de la parte iluminada altas cumbres esclarecidas por los rayos del sol, las cuales se destacan sobre fondo negrozco como las estrellas en el firmamento, sin que el ojo hay podido descubrir nunca las faldas de donde arrancan aquellos picos heridos del fulgor solar. Nunca se ven medias tintas ni claro-oscuros en la superficie lunar.

Los astrónomos, y aun aquellos de mis leyentes que no lo fueren, no se dan por satisfechos con esa sola probanza, mas para satisfacción de unos y otros poseen otras de calibre y potencia mayor. Todos recordarán el espectroscopio, aquel sencillo cuanto utilísimo instrumento del cual hablamos en el número anterior. Pues, bien. Analizada en él la luz de la Luna, ese aparato delator no acusa ningún elemento extraño a la luz del astro-rey. Únicamente se diferencian ambas en la intensidad.

Aun hay más. Gracias a la precisión admirable de los cálculos astronómicos podemos predecir al momento exacto en que una estrella habrá de

desaparecer de nuestra vista por quedar oculta detrás del disco lunar. Pero si la luminaria nocturna estuviese rodeada de atmósfera, el rayo procedente de la estrella oculta sufriría una refracción más o menos considerable, lo cual haría que la viésemos después de entrada en el círculo y antes de salir de él. Las observaciones confirman lo contrario. La desaparición y la aparición coinciden con el momento tangencial de ambas superficies. Luego no hay refracción. De donde tampoco se da atmósfera lunar.

Según algunos sapientes, tales resultados podrían compaginarse con una atmósfera de una densidad QUINIENAS veces inferior a la nuestra, y, en sentir del Profesor Comstock del Observatorio de Washburn, suponen una densidad CINCO MIL veces menor. Si optamos por un término medio y nos quedamos con una densidad MIL veces menor que la de la atmósfera terrestre (lo cual es ya ser generosos con los defensores de la habitabilidad), equivaldría al vacío de las máquinas neumáticas ordinarias, algo así como nuestra envoltura atmosférica a unos SETENTA kilómetros de elevación, donde la vida es de todo en todo imposible.

Y basta. No hemos acabado de exponer argumentos, pero tampoco queremos continuar. La curiosa y simpática criatura que motiva estos escauceos astronómicos nos puso desde un principio la brevedad de cada artículo como condición esencial. En rigor de verdad, no es ésta la menor dificultad con que tropezamos al escribir. Mas dímosle palabra y querémosla cumplir. Otro día, Dios mediante, podremos dar la definitiva respuesta científica sobre la habitabilidad lunar.

Dr. Q. CHILLO.



¡Sus! De Gaita

« **S** nada lo que vocea!
Lo bochornoso del caso
es que me impone el fracaso
hombre de poca librea.

Un escritor que campea
no por volar al Parnaso,
sino hozar, paso por paso,
sotos de infame ralea.

Los asnos echar un trepe
no deben, ni pueden ¡nunca!
a quien sabe más que Lepe.

¡Guerra! a las bestias salteras!"
rebufaba en su espelunca
el rocín TIO TIJERAS.

SAN. TXO.